

RECENSIONES

Agend. for American action (Proceedings of the Institute of World Affairs). Publicado por la Universidad de California del Sur, Los Angeles (California), 1959, 273 págs.

Recoge este volumen los trabajos de la XXXV sesión del Instituto de Asuntos Mundiales, celebrada en Pasadena, California, del 7 al 10 de diciembre de 1958. El Instituto, patrocinado por la Universidad de California del Sur, celebra anualmente una reunión de cuatro días, a la que acuden con propósitos de estudio y discusión delegados de colegios y universidades de toda la zona oeste de los Estados Unidos, que juntamente con representantes del Gobierno, hombres de negocios y miembros de diversas organizaciones, consideran importantes problemas internacionales y de política exterior americana. El Instituto no es una agencia de acción política—como pone de manifiesto su director, Mr. J. William Robinson, en el discurso de apertura—, sino que pretende trazar un camino y señalar una dirección, despertar el interés y la discusión y permitir el intercambio de opiniones en un auténtico ambiente cultural.

Bajo el tema general —«Agenda for American action—se dieron varias conferencias seguidas de coloquios y seminarios, con la finalidad de describir la escena mundial del momento, señalar los recientes desarrollos científicos y políticos, considerar los nuevos elementos de fuerza y debilidad de los principales actores de la escena mundial, y por último, ocuparse especialmente de las alternativas políticas que se ofrecían a los Estados Unidos.

La primera sesión tuvo por tema «La huella de la fe y de la ley», y se ocupó de los impactos de la religión, la ciencia,

la democracia, el comunismo y la ley en el país y en el exterior, y de sus efectos en el equilibrio de poderes. El profesor Myres S. McDougal, de la Law School de la Universidad de Yale, habló sobre el Derecho internacional y los órdenes mundiales opuestos, ocupándose en primer lugar de aclarar el concepto del Derecho internacional, que debe considerarse—dijo—no sólo como mera agrupación de reglas, sino como proceso conjunto de decisiones autoritarias. Su charla versó sobre la consideración de los órdenes mundiales en oposición hoy en día; los problemas que esta grave situación plantea para los que, en su profesión, defienden los valores de la dignidad humana; los principios fundamentales que deben caracterizar un Derecho internacional de la dignidad humana; el estudio de las diferentes tendencias que en el pasado ha habido para establecer tales principios y su probable desarrollo en el futuro. Terminó señalando las líneas generales de acción para acabar con esta dualidad mundial, que se manifiesta no sólo en el campo jurídico, sino también en el de la técnica y la cultura, y que tan lejos está de un auténtico orden mundial de la dignidad humana.

El segundo conferenciante fué el reverendo James A. Pike, obispo de California, de la Iglesia Protestante Episcopalista, cuya conferencia tuvo por tema: «Religión y materialismo en América». Puso de manifiesto la disparidad existente entre el hecho de ser los Estados Unidos un país religioso y observar, sin embargo, en su política, una conducta ple-

namente materialista, en vivo contraste con las directrices de otros pueblos considerados ateos. La política americana debía tener por finalidad conseguir mejores cosas para todos los hombres y todas las naciones, y el resto—los fines de carácter materialista que ahora persigue—los tendría por añadidura.

La segunda sesión—«El mundo dividido»—constituyó una visión mundial de los diversos Estados y grupos de Estados que tienden a fines contrapuestos, y en ella se celebraron varias conferencias y discusiones sobre los temas propuestos. En primer lugar, los señores Paul L. Beckett, profesor de Ciencias Políticas del State College de Washington, y Arthur Steiner, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de California, Los Angeles, hablaron, respectivamente, del «Conflicto entre el Norte y el Sur» y «El conflicto entre el Este y el Oeste», haciendo especial referencia a las líneas de acción de la política americana y a las directrices aconsejables. A continuación, los diversos grupos de estudio trataron detenidamente los siguientes temas: «Unidad y división en el mundo islámico», en el que en 1958 habían tenido lugar importantes acontecimientos, entre los que cabía destacar la formación de la R. A. U.; «La política espacial», deteniéndose en los antecedentes históricos, en los pasos de la conquista del espacio exterior, y en los problemas de carácter jurídico y político-internacional que plantea, y «Las regiones polares, ¿nuevas áreas de conflicto?». En la reunión vespertina, el señor Arthur G. Coons, presidente del Occidental College, estudió la lucha del mundo comunista por la creación de sistemas económicos opuestos a los del mundo libre, y tendentes a la ruina de éstos, bajo el título «La política de competición económica», y señaló también las posibles directrices de la acción americana. Los temas de seminario fueron «La estrategia y la política de las bases de proyectiles dirigidos» y «La labor rusa y americana por el bienestar humano», en donde se destacó la posición de los Estados Unidos como líder del mundo libre, y la necesidad de que siga ocupando esta posición. Por último, el director del Instituto de Investigación Política Extranjera de la Universidad de Pensilvania, Mr. Robert Strausz-Hupé, dió una conferencia sobre «Las futuras potencias industriales

del mundo», en la que realizó un estudio de los diferentes movimientos económicos del mundo de hoy, su posible cristalización en el futuro y una comparación entre el potencial económico del mundo soviético y el americano; y el general Maxwell D. Taylor desarrolló el tema «Aumento de nuestras posibilidades para la guerra limitada», desde un punto de vista fundamentalmente militar.

«Importancia de las escuelas del Poder» fué el tema general de la tercera sesión, en que se examinaron los elementos de fuerza y debilidad de cada una de las dos superpotencias, Rusia y los Estados Unidos. Comenzó el señor Arthur C. Turner, de la División de Ciencias Sociales de la Universidad de California, Riverside, hablando de «El sistema americano de alianzas: su fuerza y debilidad», y Miss Betty M. Unterberger, profesora adjunta de Historia y Ciencias Políticas del Whittier College, sobre el tema «El sistema ruso de alianzas: su fuerza y debilidad». Ambos examinaron los mundos libre y comunista de modo objetivo y constataron la cohesión de las diferentes alianzas y sus puntos débiles, así como sus posibilidades futuras. Cuestiones para los seminarios fueron: «Los problemas de la solidaridad anglo-americano-canadiense», «Problemas de la solidaridad comunista» y «Los aspectos conflictuales del neutralismo», en que se examinó la posición de cada uno de los principales países neutrales, y los pasos recorridos para alcanzarla. En la segunda parte de esta sesión conferenciaron el asesor de las Naciones Unidas, Mr. James M. Ludlow, sobre «Nuevas relaciones de poderes en el Oriente Medio», examinando la política y las influencias americana y soviética con respecto a los países de aquel área geográfica, y Mr. Raymond B. Allen, canciller de la Universidad de California en Los Angeles, sobre «La auténtica arma estratégica: la educación americana comparada con la rusa», en que desde los orígenes y fundamentos hasta las tendencias y resultados, realiza un paralelismo de ambos sistemas educativos, destacando la falta de libertad de los sistemas rusos y la lucha que los Estados Unidos han de librar para asegurar la libertad en los países infradesarrollados de Asia y Africa; y Mr. Hans J. Morgenthau, director del Centro de Estudios de Política Americana de la Uni-

versidad de Chicago, sobre el tema «El equilibrio tecnológico y de armamento», donde comparó el potencial atómico americano con el ruso y puso de relieve el peligro que para los Estados Unidos supone el actual desarrollo tecnológico de Rusia, que hará que ésta se convierta en centro de atracción del mundo y ocupe la posición americana. Los temas tratados en los seminarios fueron: «La lucha por la supremacía: el equilibrio de prestigio» y «Ayuda extranjera: Rusia contra América».

La última reunión tuvo por finalidad deducir las conclusiones generales de las anteriores conferencias y discusiones y trazar las líneas básicas de lo que debería ser la acción americana en el futuro. Mr. Charles E. Martin, profesor de Derecho internacional y Ciencias Políticas de la Universidad de Washington, se planteó el problema de «¿Hasta qué extremo debe América basar su seguridad en su propia fuerza y recursos?», y el profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Stanford, Mr. James T. Watkins, el de «¿Hasta qué extremo debe América basar su seguridad en la organización internacional y en las alianzas?»; los dos profesores esbozaron soluciones a estos problemas teniendo en cuenta no sólo el futuro de los Estados Unidos, sino tam-

bién la constitución de un auténtico orden internacional. Temas objeto de discusión fueron los siguientes: «¿Cómo deben los Estados Unidos distribuir sus posibles recursos de defensa?», «¿Cuál debe ser la política de los Estados Unidos con respecto a las dos Chinas?», y «¿Cómo deben mejorar los Estados Unidos su sistema de alianzas?». Por último, el presidente del Whittier College, Mr. Paul S. Smith, habló sobre «¿Qué mejoras son necesarias en la formulación y en la dirección de la política exterior americana?», y los señores Henry A. Kissinger, director adjunto del Centro de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard, y George V. Allen, director de la Agencia de Información de los Estados Unidos, sobre «Estrategia y política exterior» y «Aspectos generales del programa americano de información al extranjero», respectivamente.

Este libro supone, en fin, la recopilación de trabajos y discusiones que de otro modo no hubiesen producido ningún fruto, y que constituyen una clara visión de la situación mundial del momento, dentro de este período histórico que, como señaló el profesor Kissinger, constituirá una de las grandes líneas divisorias de la Historia.

ANTONIO ORTIZ GARCIA.

BARNETT, A. DOAK: *Communist China and Asia. Challenge to American Policy*. Nueva York, Harper & Brothers, para el «Council on Foreign Relations», 1960, XI, más 575 páginas.

En 1958 el benemérito «Council on Foreign Relations» de Nueva York organizaba un grupo de estudio sobre *la China comunista y la política de Estados Unidos en Asia*. En una serie de reuniones celebradas durante el invierno de 1958-1959, tal grupo discutía, completa y libremente, un conjunto de documentos acerca de esas cuestiones. Entre los miembros del citado equipo encontramos nombres como Dean Rusk, Hamilton Fish Armstrong, Howard L. Boorman, Harold R. Isaacs, Henry R. Lieberman, Philip E. Wosely, Richard L. Walker, etc.

Pues bien, al comenzar su acción el mencionado grupo, iniciaba A. Doag Barnett su trabajo sobre *la China comunista*

y *Asia*. El autor se aprovechaba de los conocimientos de los integrantes de esa sección del neoyorquino Council—colectivamente, en las reuniones regulares; e individualmente, en conversaciones privadas—. Aparte, el autor contaba con buenas bazas para la realización de la tarea. Nació en China, y una parte de su carrera—graduado por la Universidad de Yale y ex miembro del Departamento de Estado—se ha consagrado a la investigación de las acciones y las intenciones de China. Desde 1947, Mr. Barnett ha dedicado una media docena de años a observar la marcha del mundo asiático e informar sobre Asia—primero, en China; después, en las áreas de su inmedia-

ta periferia—. Por ejemplo, Barnett se encontraba en Pekín cuando los comunistas llegaron al Poder y vivió siete meses bajo su régimen. Subsiguientemente, estuvo varios años en Hong Kong, siguiendo de cerca los acontecimientos de China y viajando extensamente por toda la zona asiática del Japón a la India.

Lo innegable es que el surgimiento de la China comunista como una gran y dinámica potencia ha cambiado profundamente el equilibrio del poder político y estratégico en el mundo. Probablemente, este cambio ha sido el más importante—política y estratégicamente—entre los producidos en al escena internacional desde el final de la segunda guerra mundial. Así lo asegura Mr. Barnett en el principio de su libro. Con la particularidad de que la subida al Poder por parte de los comunistas chinos representaba una gran derrota para la política estadounidense en Asia. Aserto del autor no menos significativo.

Una aseveración y otra, en el comienzo del estudio, nos explicarán que la obra reseñada se abra bajo la preocupación del reto, del desafío representado por la China comunista. ¿Qué significa para los países libres de Asia y para los Estados Unidos el continuado crecimiento de China, en fuerza y en influencia? Esta es, reducida a unas cuantas palabras, la interrogación-clave del volumen comentado. ¡Tremenda pregunta!

Verdaderamente. La cuestión exige muchas condiciones. Pero diremos, con el autor, que la primera exigencia de un examen—de un examen responsable—de la política de Washington respecto a China es una mayor comprensión del profundo y creciente desafío que Pekín presenta a los Estados Unidos a través de toda Asia. Y he aquí que el público americano carece actualmente de tal comprensión, debido principalmente a que faltan—en alto grado—la información y la investigación requeridas para crearla. Baste ver que por espacio de una década los americanos no han tenido corresponsales en la China «popular». Ciertamente que unos pocos «scholars» estadounidenses han intentado estudiar la política interna de la China de Pekín y su política exterior. Pero es asimismo evidente que en los Estados Unidos no hay un solo centro investigador de importancia que—fuera del Gobierno—haya concentrado su principal es-

fuerzo en el enfoque de la China comunista. (Eso es lo que opina Mr. Barnett.) Y la falta de adecuada investigación de base, así como de noticias corrientes hacen difícil, aun para el especialista—y no digamos para el público americano en general—, intentar comprender el significado de la China de Mao y lo que supone para Asia y para Washington.

Con ese objeto, el autor se refiere, en distintos capítulos, a la China comunista, enmarcándola con *las singulares y atributos de un Estado totalitario y evidenciando las realidades de su desarrollo económico, las tácticas de su política exterior y sus variadas facetas de absorción, presión y subversión en todo el continente asiático (subversión comunista y lucha política) y sus enérgicos programas de comercio, ayuda y competencia económica*. El libro también proporciona interesante documentación sobre el papel de los *chinos del exterior o de Ultramar*. Y no se olvida la exégesis del pensamiento de Mao Tsé-Tung o *maoísmo*. De todo ello se deduce que el *desafío lanzado por Pekín* opera sobre muy diferentes niveles: ideológico, político, económico y militar.

¡Buen panorama, en verdad! De ahí la justeza del capítulo tocante a la *fuerza militar y al equilibrio de poder*. (Máxime cuando—como acertadamente advierte el autor—se ha escrito muy poco en torno a los asuntos militares de la China comunista.) El establecimiento de un fuerte sistema comunista en China y su alianza con la Unión Soviética han alterado fundamentalmente el equilibrio de poder en Asia. Desde 1949, el régimen de Pekín ha transformado un vacío de poder en un importante centro de fuerza militar. Hoy, la China comunista es la única potencia de gran importancia militar entre todos los Estados asiáticos. De hecho, el poder de su Ejército es probablemente mayor que el del conjunto de los Ejércitos de todas las naciones no comunistas del Lejano Oriente, del SE. asiático y del Asia meridional. Desde luego, las fuerzas de tierra de la China *popular* ocupan el segundo lugar en el ámbito mundial, después de la U. R. S. S., habiendo sido modernizadas y convertidas en una efectiva máquina de combate, aunque *convencional* (si bien el autor habla de los rumores de que Moscú había *acordado* proporcionar a Pekín armas atómicas y «misiles»; y de un plan de reorganización

de las fuerzas chinas en divisiones «pentómicas» capaces de utilizar armas nucleares).

En este extremo se inserta la admonición de que si la política americana pone menos atención en el papel de las alianzas *formales*, ha de resultar factible, en el terreno militar, ampliar de modo considerable las relaciones con los Estados asiáticos por medios *informales* y fomentar una mayor cooperación militar entre Estados asiáticos con puntos de vista políticos muy diferentes. Se reconoce que en el presente la S. E. A. T. O. tiene una función que cumplir (cuya principal realización ha sido, a juicio de Mr. Barnett, un *contraseguro* psicológico suministrado a los países del área implicada; aunque el libro no deje de registrar las deficiencias y debilidades de esta Organización). Respecto al futuro, una advertencia máxima porta una abrumadora elocuencia: *en sus esfuerzos para forjar las defensas de las naciones amigas de Asia, los Estados Unidos no deben olvidar que el progreso económico resulta tan importante, al menos, como la fortaleza militar—si no más, a la larga—*. Por consiguiente, en el apoyo a los Estados asiáticos, Washington ha de luchar por conseguir un sano equilibrio entre la ayuda económica y la ayuda militar (vid. pág. 142).

La política exterior de la China comunista con relación al Japón y a Corea y con relación al SE. de Asia y al Asia meridional ocupan sendos capítulos. Pekín ha considerado a los nipones como el mayor objetivo en sus esfuerzos para la expansión de la influencia roja en Asia. Japón es—teóricamente—la única nación del Lejano Oriente con capacidad para desarrollar suficiente potencia militar con la que contrapesar el poder de la China continental. A la vez, un Japón no comunista representa, por su sola existencia, un gran competidor. Los nipones tienen impresionantes triunfos: una crucial posición estratégica, una dinámica población de 92 millones de personas, una valiosa acumulación de moderna tecnología y de creciente economía industrial y el mayor nivel de vida de Asia. Ahora bien, el poder—en aumento—de los comunistas chinos, su dinamismo político y su expansión económica, han creado una mezcla de miedo y atracción en las naciones del sur y del sudeste de Asia. Y Pekín ha tratado, conscientemente, de atraer,

amenazar e intimidar a los Estados de esas zonas, haciendo sentir su influencia a través de tácticas muy diversas (desde la promoción de revueltas armadas, en la primera hora, al espíritu de coexistencia pacífica—*los cinco principios*—y de solidaridad asiática).

Durante la pasada década, la *Alianza chino-soviética* se ha convertido en un trascendental factor de la política internacional, y no es realista examinar aisladamente la potencia y los objetivos de la Unión Soviética o de China. Este es el tono con el que se empieza el apartado relativo a la urdimbre Moscú-Pekín. Numerosos intereses comunes han unido a los dos socios, en una fuerte trabazón. Sin embargo, bajo la fachada de unidad monolítica, las relaciones entre la URSS y la China *popular* no han significado una cosa estática. En realidad, se ha dado un constante ajuste. En consecuencia, es necesario evaluar la fortaleza y los objetivos de Pekín, teniendo en cuenta, cuidadosamente, la naturaleza de los vínculos que unen a los dos Estados, el grado en que cada uno de ellos se ve influido por sus propios intereses y por la perspectiva de su política.

Ahora bien, las cuestiones más frecuentemente suscitadas acerca del futuro de la Alianza chino-soviética se formulan generalmente en términos de extremos. No es político actuar de tal manera. Resulta evidente que esta Alianza—como todas, aún las más fuertes—no ha sido completamente monolítica. ¿Perfiles estudiados en el libro de Barnett? Múltiples.

Un capítulo entero se consagra al detalle de las facetas referentes a *Formosa y al régimen nacionalista*: de la descripción de las particularidades de la isla y del problema de la sucesión de Chiang-Kai-Chek al mejoramiento de la Administración nacionalistas—en moral y en eficiencia—, a la anormal situación militar (600.000 hombres de uniforme en una población de diez millones) y a la impresionante ayuda de Washington (más de 2.000 millones de dólares en diez años, en toda clase de asistencia).

Tras ello se sucede—inexorablemente—la exégesis de la *política de no reconocimiento de China*. Cuestión cuya importancia ha sido exagerada por muchos americanos. Es la opinión del autor. El desenvuelve el balance de tal actitud; se enfrenta con realidades como los efectos

políticos del reconocimiento en la China continental, en Formosa, entre los chinos del exterior y entre las naciones asiáticas; y esgrime hechos esclarecedores como la evolución de la oposición a la postura estadounidense en el seno de la Asamblea de las Naciones Unidas.

En apéndice, se enjuicia el tema *Pekín y los partidos comunistas de Asia*.

El libro se completa con abundantes notas—acumuladas al final del mismo (47 páginas), lo que no facilita una ágil consulta—; una útil nota bibliográfica—crítica—en la cual se hace el inventario de los estudios sobre China (págs. 549-560); un índice, y un mapa de Asia. La presentación es agradable y cuidada.

* * *

¿Conclusiones?

La obra reseñada presenta, en su último capítulo, lo que podríamos denominar *salidas o caminos ante los Estados Unidos*. La evidencia indubitada e indubitable, con la que hay que partir en este orden de cosas, es el siguiente cúmulo de realidades:

1.^a El régimen comunista chino ejerce efectivo control—aunque cruel y totalitario—sobre la China continental.

2.^a En los próximos años existen pocas perspectivas de verlo derrocado desde dentro o desde fuera.

3.^a Los comunistas chinos están forjando rápidamente su fuerza económico-militar. Indiquemos que el índice de crecimiento económico de China parece ser casi doble que el de la India. Y véase cómo dentro de unos pocos años Pekín habrá estructurado una base de industrias pesadas que hará sombra al entramado industrial nipón.

4.^a El poder militar de Pekín se halla aumentando más rápidamente que el de todos los países del Lejano Oriente y de Asia del Sur y del SE.

Sentado eso, no sorprenderán algunas de las posibles actitudes a adoptar por los dirigentes de Washington. Barnett cita, por ejemplo: una común acción y cooperación con todos los mayores países no comunistas sobre los que dependa el futuro de Asia, para la definición de una *política asiática*: movimiento hacia una adecuada política *de las dos Chinas* (página 474). Esta incluye medidas como:

a) Esfuerzos para abrir determinados canales de contacto no oficial con la China comunista y el gradual relajamiento de las restricciones existentes sobre el comercio—a excepción de los géneros estratégicos—; b) *disengagement* para las *islas costeras* (págs. 423-426) y efectiva acción para persuadir a los nacionalistas de la evacuación de tales islas y decisivos pasos para separar a Washington de su defensa (página 473); etc.

Con una advertencia: ninguno de tales pasos resolvería los básicos problemas del trato con China. De hecho, cada uno de ellos crearía nuevos problemas. Aunque bien, moviéndose en tal dirección, los Estados Unidos podrían reducir muchos de los peligros y las responsabilidades inherentes a su actual política y podrían canalizar un mayor apoyo internacional para la instauración de una situación más estable en el Lejano Oriente. Notándose, sin embargo, que dada la naturaleza de la Alianza chino-soviética, constituye una falta de realismo el creer que cualesquiera cambios previsibles en la política estadounidense hacia China—por ejemplo, el reconocimiento del régimen de Pekín o el desarrollo del comercio y de otros contactos con la China comunista—podrían originar, en un cercano futuro, una hendidura entre Pekín y Moscú. No se piense así. En el mejor de los casos, la política de Washington hacia China sólo tendrá una influencia marginal sobre la Alianza de Pekín con Moscú. En fin, en el trato con la China *popular* en el curso de los años venideros, los Estados Unidos habrán de dialogar no con Pekín únicamente, sino con la China comunista respaldada por el poder de la U. R. S. S. (pág. 382). No hay base para la perplejidad en este campo. La mera existencia de dos fuertes centros de poder dentro del bloque comunista introduce en los asuntos de tal trabazón un nuevo elemento que faltaba antes de 1949 (pág. 381 y pág. 379).

En cuanto a los países de Asia del Sur y del SE. en su conjunto, la cuestión esencial para Washington—según Mr. Barnett—debe ser apoyar a todos los Gobiernos no comunistas, sean comprometidos o no alineados, en sus programas nacionales de desenvolvimiento político y económico (pág. 336). Directriz de pensamiento que cuenta con mantenedores de la talla de Walter Lippmann.

Imponente empresa, que exige tremen-

RECENSIONES

dos medios espirituales, intelectuales y materiales. Pero la *puesta* en juego es trascendental. Como se sostiene en *Communist China and Asia*, el éxito de Pekín en inducir a otras naciones asiáticas a seguir el modelo totalitario de la China comunista dependerá de muchos comple-

jos factores. Por encima de todos dependerá del éxito o del fracaso de los Estados no comunistas en resolver sus propios problemas por medio de métodos no comunistas...

LEANDRO RUBIO GARCIA.

EDWARD J. ROZEK: *Allied Wartime Diplomacy: A Pattern in Poland*, John Wiley & Sons, Inc., Publishers. London, 1958.

La misma cubierta del libro plantea esta pregunta: «¿Se sembraron en Polonia durante la segunda guerra mundial las semillas de la "guerra fría" de nuestros días?» En los ocho capítulos del libro se desarrolla esta tesis mediante detallada descripción de los hechos. A lo largo de cada una de las etapas que precedió la caída de Polonia; la política soviética se desenvuelve progresivamente con la seguridad y la precisión de un potente resort. La táctica empleada en Polonia, primero de los países de la Europa oriental en caer bajo la órbita rusa, se convirtió en modelo y esquema de futuras «liberaciones», y puede aún verse en nuestros mismos días. Mucho más importante es vislumbrar el razonamiento que ha impulsado a Rusia a seguir procedimiento tan fatigoso y complejo. De ahí la importancia que el estudio de los acontecimientos polacos ofrece para el conocimiento de las relaciones internacionales de nuestros días.

He aquí los hechos: tras las infructuosas revoluciones que siguieron a la primera guerra mundial, una Polonia libre firmó con Rusia el tratado de Riga de 1921, por el que ambos países concertaban la paz, se repudiaba la «línea Curzon» establecida por los aliados, como injusta, y se declaraba que Rusia «reconocía el derecho de la nación polaca a su independencia y unidad». Este tratado fué acompañado por el pacto de no agresión de 1932, que seguía las corrientes de la época. Comenzaron entonces a producirse nuevos acontecimientos en Europa. Hitler determinó una transformación total de las relaciones intereuropeas, una mutación completa de los signos de fuerza de la política internacional mundial. El peligro de Alemania se cernía inmediatamente so-

bre sus vecinos, pero Rusia pudo preparar en lo posible sus defensas mediante el pacto Molotov-Ribbentrop de 1939; otros motivos que se verán más abajo impulsaron a los soviets a firmar un pacto que les arrojaba a grandes riesgos, aunque a primera instancia les proporcionaba una zona de influencia que comprendía media Polonia, Finlandia, los tres Estados bálticos, Bukovina y Besarabia.

La guerra mundial comenzó con el ataque alemán a Polonia. Se iniciaron entonces las primeras etapas de la conquista rusa de Polonia. Cuando los alemanes habían avanzado rápidamente por territorio polaco y la atención del mundo se concentraba en la reacción inglesa, los rusos procedieron a ocupar su respectiva zona de influencia; intentaron legalizar su situación mediante un plebiscito, mientras que los restos del Gobierno polaco huían hacia Inglaterra. Poco después comenzaron las deportaciones de millones de polacos hacia diversos campos de concentración en Rusia; sólo unos años más tarde se conoció la dramática matanza en Katyn de más de 10.000 miembros de las fuerzas polacas; cifra reconocida por los mismos rusos; el Tribunal de Nüremberg absolvió con toda claridad de pruebas a los alemanes; las pruebas presentadas en la ONU sobre este mismo caso no dejan lugar a dudas.

Cambiaba nuevamente el signo de la guerra y los rusos se veían esta vez amenazados por la Wehrmacht. Pero la inversión de sus alianzas no determinó el abandono de los territorios conquistados con la ayuda de los anteriores. Presionados por el Gobierno británico, ansioso de mantener la unidad del bloque aliado en los más difíciles días de la guerra, y preocupados por los caracteres permanentes que

estaba adquiriendo la ocupación soviética, los miembros del Gobierno polaco de Londres firmaron el tratado ruso-polaco de 1941. La imposición de ciertas cláusulas por parte de los rusos venía compensada por la aparente garantía de las fronteras polacas que públicamente ofreció el Gobierno inglés. Mediante este tratado pensaba el Gobierno de Londres formar un ejército con los polacos deportados en Rusia, liberar a éstos de las penosas condiciones en que se encontraban y marcar claramente su presencia, como Gobierno independiente y armado, ante los aliados, y si fuera posible, en Polonia. A los cuatro meses de su firma se creó en Saratov la Unión de los Patriotas Polacos; en diciembre de 1944 este grupo se transformó en el Comité de Lublin, y un año más tarde, en el Gobierno Polaco de Unión Nacional. Así, pues, mediante hechos consumados, el Gobierno de Londres se encontró totalmente aislado; los aliados no apoyaban sus pretensiones por evitar cualquier roce con Rusia que motivase dificultades para la conducción rápida de la guerra; de Polonia se veían progresivamente alejados por la presencia de otro Gobierno que gozaba del favor y reconocimiento de Rusia, y de las ventajas del contacto directo con el territorio que pretendía administrar.

La inexperiencia de los americanos y la ceguera de los ingleses no les permitió percatarse de las consecuencias que para sus propios intereses significaba la extensión de la influencia rusa sobre Europa oriental. El Gobierno de Londres se vió bajo dos fuegos; el reconocimiento del Gobierno de Londres por parte de Rusia iba aplazándose por la negativa a reconocer la pérdida de los territorios orientales de Polonia. Mientras tanto, las fuerzas soviéticas ocupaban el territorio polaco y destruían las organizaciones militares y políticas que el Gobierno de Londres mantenía aún allí. En su lugar apareció una fuerte policía secreta, un partido comunista y un ejército polaco controlado desde Moscú.

Esta situación de hechos consumados había de consagrarse en las Conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam. Los ingleses aceptaron la supremacía rusa en Europa oriental, a cambio de una situación análoga para Inglaterra en Europa occidental. Los Estados Unidos, no interesados directamente en cuestiones europeas, no

se opusieron a este desarrollo de la diplomacia rusa.

Anticipando las demandas rusas referentes a Polonia, y deseando el apoyo ruso para otros problemas de los aliados, Churchill abrió en Teherán la discusión sobre Polonia, proponiendo la línea Curzon como frontera oriental. Stalin, naturalmente, aceptó el regalo, y Roosevelt no objetó. ¿Es el silencio aceptación tácita?

En Yalta, los tres grandes decidieron la suerte de Polonia sin consultar tan siquiera a los Gobiernos que respectivamente habían reconocido. Los dos aliados occidentales aceptaron reconocer al Gobierno soviético de Lublin. Los rusos incluían en él a cuatro miembros del Gabinete de Londres. Parece increíble que los aliados creyesen a estas alturas en la promesa de Stalin respecto a una Polonia «fuerte, libre y democrática». Poco antes de la Conferencia, los rusos, que estaban ya a 11 kilómetros de las puertas de Varsovia, se detuvieron en el momento mismo en que las organizaciones subterráneas del Gobierno de Londres provocaron un gigantesco levantamiento de la ciudad contra los alemanes. Durante meses de lucha, los rusos permanecieron activos a las puertas de la ciudad, mientras sus habitantes y las organizaciones que les eran hostiles eran sistemáticamente destruidas.

Se formó así el Gobierno de Unión Nacional, compuesto con un 25 por 100 de elementos del Gobierno de Londres, presididos por Mikolajczyk. Comenzó entonces una lenta persecución de los miembros del partido campesino de Mikolajczyk, la única organización que podía levantarse contra las aspiraciones rusas. En el referéndum de 1945 se calcula que el partido campesino logró más del 80 por 100; públicamente se anunció, sin embargo, el 32 por 100. El escrutinio de los votos no pudo ser controlado por el partido campesino. Se procedió a la destrucción de la oposición. Las oficinas, los periódicos, las organizaciones locales, fueron destruidos. Mikolajczyk, acusado de favorecer a los enemigos de Polonia; sus partidarios, arrestados. Las conferencias de prensa, las notas presentadas a las Embajadas occidentales por Mijolajczyk, no tuvieron más efecto que notas de protesta, de cuya falta de vigor se percataba claramente el Gobierno polaco. Juicios públicos se pusieron en escena para demos-

trar la traición de la oposición y debilitar el apoyo de la opinión pública a favor del partido campesino. En las elecciones de 1947, el partido obtuvo oficialmente de un 65 a un 85 por 100. Los resultados totales publicados no arrojan, sin embargo, más que 93 actas de un total de 444. Ante la amenaza que presentaba la liquidación progresiva de la oposición, Mikolajczyk huyó a Inglaterra. A través de la Embajada americana, el 12 de marzo el final del drama: los miembros de la oposición hubieron de apenarse; los militantes fueron arrestados, acusados de típicos crímenes, ejecutados o deportados, después de meses de sufrimientos.

Estos hechos merecerían de significación si no se los estudia a la luz de los proyectos profundos de la política exterior de los aliados, que determinan incluso hoy en día la dirección de las relaciones internacionales. Es hora ya de dejar de hablar del imperialismo ruso y de interpretar su extensión sobre Europa oriental, Asia y ahora Africa y Sudamérica, como una mera pasión de poder. Existen en la política exterior soviética motivos racionales, claramente distinguibles, si bien no tan fácilmente reconocibles en los casos concretos, así como flagrantes debilidades en la política exterior occidental. Si se quiere comprender bien la constelación de fuerzas de nuestros días, es necesario enfocar la política de ambos bloques bajo una luz racional. Este es el valor primordial que ofrece un estudio de los acontecimientos de Polonia.

El credo marxista profetiza la instauración progresiva de un régimen político comunista en todas las sociedades del mundo. Se trata de una evolución dialéctica histórica e irresistible, como si fuese un experimento químico: dados ciertos factores que el marxismo reconoce en la sociedad actual, han de producirse tarde o temprano los resultados consiguientes. El Estado comunista de Rusia creyó inicialmente que la revolución que sus dirigentes apadrinan con auténtico entusiasmo de idealistas, se extendería al mundo entero con la facilidad que hacían pensar los textos de Marx y Lenin. Cuando después de la primera guerra mundial los conatos revolucionarios que surgieron en la misma Polonia, Hungría, Baviera y China, y su trágico fin, demostraron al Estado soviético que la revolución mundial no era posible si se abandonaba al espontáneo

movimiento de las masas explotadas por el capitalismo, adoptaron entonces la decisión que ha marcado hasta nuestros días la política exterior rusa: era necesario construir un Estado soviético que tuviese la fuerza necesaria para extender la dominación comunista por todo el mundo. Así ha de verse su pacto con Hitler. Las firmes convicciones de los dirigentes rusos y su fe en el marxismo les permite arriesgarse a situaciones de las que creen salir airosos por la ayuda del mismo despliegue de la Historia. El pacto ruso-alemán era para los soviets un modo de debilitar considerablemente la resistencia del mundo capitalista. No podían prever el resultado de la contienda, pero vigilaron cuidadosamente su desarrollo para aprovecharse de cualquier oportunidad que les deparase una posición de fuerza. Sabían que serían aceptados con toda facilidad por los aliados occidentales, y esta seguridad les permitió ampliar las condiciones impuestas a Hitler para otorgarle su «neutralidad».

Por otro lado, los occidentales tenían tal ansiedad de asegurar el apoyo ruso en la guerra que accedían a toda petición que no amenazase inmediatamente sus intereses. He aquí una gran debilidad de toda política democrática: no resiste las tensiones de una guerra. La paz es esencial para el funcionamiento de un sistema democrático y es el vehículo mismo del sistema económico capitalista. Sin paz no hay comercio internacional; hay, en cambio, producción poco económica. La guerra disloca considerablemente el sistema capitalista. Su conducción resulta extraordinariamente dificultada en el procedimiento democrático parlamentario o presidencial. He aquí la debilidad del bloque occidental.

Hay todavía un factor adicional que explica en parte la ceguera de los occidentales. Churchill y Roosevelt operaban aún desde categorías victorianas. Lo mismo ha de decirse de los polacos de Londres. Para ellos, las relaciones internacionales se movían aún en el plano interestatal; consideraban posible determinar el destino de los pueblos mediante simples decisiones de hombres aislados, o lo que es casi igual, apoyados por una mayoría parlamentaria. Lo que dijese Stalin en una conferencia era, por tanto, sumamente importante: era una obligación expresamente contraída por el Jefe del Estado ruso.

RECENSIONES

No sería tan fácil incumplir promesas formalmente aceptadas en el futuro. No se percataron los occidentales de que nuevas fuerzas surgían en ámbitos continentales, arraigadas en profundas conmociones mundiales que rápidamente superarían y desbordarían el estrecho margen del Estado desde cuyas categorías operaban. Esta verdadera transformación de las raíces mismas de las instituciones políticas, que Neumann señala insistentemente como base esencial para cualquier estudio político, no puede desconocerse tampoco en el campo de las relaciones internacionales. Con toda claridad se vislumbraba ya en la caída de Polonia.

El ministro de Polonia, conde de Potocki, ha tenido la amabilidad de hacerme notar que, como el mismo autor confiesa, este libro está inspirado por M. Mi-

kolajczyk, quien por haber participado en el Gobierno de mayoría comunista de 1945, es abiertamente criticado por un sector del antiguo Gobierno en el exilio, y olvida destacar las relaciones mantenidas por otros miembros del Gobierno polaco con los rusos, particularmente las conversaciones del general Sanders con Stalin. La partida de las fuerzas militares polonesas de Rusia a las órdenes de este general, acompañadas de un número considerable de civiles deportados, están expuestas desde otro punto de vista en las Memorias que sobre estos mismos hechos ha publicado recientemente el general Sanders y que han sido traducidas al español bajo el título *Sin capítulo final* por la casa Janés, de Barcelona.

JAIMÉ DE OJEDA.